

El  
Arte Militar  
en la época de  
Juan de  
Goyeneche



## Índice

1. Tiempos de guerra
2. El círculo virtuoso de Marte
3. Fuerzas armadas permanentes
4. Del Tercio al Regimiento
5. El triunfo de los cañones de hierro
6. De la pica a la bayoneta
7. El triunfo del arma de fuego portátil
8. Munición y cartuchos estandarizados
9. La certidumbre de la vida militar
10. La manutención estatal del militar.
11. “Pan de munición”
12. Uniformar
13. Combatir en línea.
14. Guerra de asedio
15. La renovación de la sanidad militar
16. Juan de Goyeneche. Empresario militar
17. Orientación bibliográfica



Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.



[comunidad.madrid/publicamadrid](http://comunidad.madrid/publicamadrid)



## 1. Tiempos de guerra

**L**A ÉPOCA EN LA QUE VIVIÓ JUAN DE GOYENCHE (1656 a 1735) fue una de las etapas de mayor renovación del Arte Militar en Europa y en España. Durante ese período, se transformó la organización de las fuerzas armadas, la tecnología militar, la estrategia y táctica, e incluso la condición de los militares. El cambio fue integral, ya que afectó a la forma de comprender la guerra, al Arte de la Guerra y a la cultura de la guerra, es decir, a cómo se desarrollaba y cómo afectaba a aquellas sociedades. La época de Goyeneche fue intensa en cambios, y el inquieto empresario navarro participó muy activamente en esas transformaciones.

El contexto histórico también fue especialmente intenso y fecundo en soluciones bélicas para la Monarquía Hispánica. La defensa numantina de los territorios españoles durante el último reinado de la dinastía de los Austrias, Carlos II, fue más exitosa de lo que la historiografía tradicional había admitido. La Monarquía Hispánica logró acabar el siglo XVII sin apenas ceder terreno en suelo europeo. Con recursos limitados, pero con sorprendente habilidad para concitar alianzas puntuales y movilizar recursos, propios y ajenos, la Monarquía Hispánica no terminaba de hundirse ni de perder posesiones. Instituciones locales, recursos regionales y una reestructuración de las alianzas con las élites políticas y económicas regionales e imperiales permitieron el milagro de que el Imperio español de los Austrias no se desintegrara.

Las fuerzas armadas se mantuvieron activas, el dinero, a pesar de los infinitos problemas, carencias y retrasos, siguió llegando por multitud de vías a sus unidades y buques, y los tercios españoles y las flotas regionales, mal que bien, aguantaron el último asedio a la Monarquía Hispánica. En 1700, Carlos II dejaba un imperio cuya extensión era muy similar a la heredada, y, contra todo pronóstico, legaba una Monarquía Hispánica que seguía siendo el imperio mundial más extenso. La llegada de la nueva dinastía de los Borbones, en la cabeza de Felipe V, no implicó el retorno a la paz, antes bien la actividad bélica se intensificó. La presencia de los Borbones en Francia y España suponía un desequilibrio excesivo en las relaciones internacionales y de poder europeas. La cuestión principal no era que la suma de dos fuerzas armadas pudiera atentar contra el



Pie de foto Pie de foto

resto de naciones europeas, sino que la influencia francesa podía ofrecer un acceso privilegiado de los franceses a América y otros territorios coloniales españoles.

Lo que realmente preocupaba a los gobiernos europeos era la cuestión americana. El acceso a la plata y al comercio americano era el asunto más importante para la economía europea. La intensa expansión de las economías europeas durante el siglo XVII en búsqueda de mercados, productos y rutas, especialmente de la mano de ingleses y holandeses, había dejado claro la necesidad de incorporar América en esta expansión comercial europea. El desvío de la atención de ingleses y holandeses hacia Asia solo aumentó aún más la necesidad de seguir dependiendo de la plata americana, imprescindible para compensar un comercio deficitario con los mercados asiáticos. La importancia de América aumentó aún más con el crecimiento de las plantaciones agrícolas en el Caribe. Una agricultura “viajera”, de tabaco, café, algodón o azúcar, unida a un intenso comercio esclavista para proporcionar la mano de obra necesaria, hizo que el Caribe, y por extensión la cuestión de la posesión de América, se convirtiera en el principal objeto de la diplomacia europea.

En estas condiciones, todos los interesados en el uso y disfrute de América tenían motivos para reactivar la guerra como solución. El nuevo monarca español y España se vieron irremediamente envueltos en una contienda internacional, la Guerra de Sucesión española (1701-1715), que era decisiva para afianzar la nueva dinastía en España e igualmente esencial para el futuro de la economía europea. El Tratado de Utrecht (1713) no resolvió el problema de América y abrió nuevos motivos de conflicto con la pérdida de Menorca y Gibraltar, así como con el asiento de negros y los permisos concedidos a Gran Bretaña para negociar en América. En los años siguientes, la lucha económica por América volvió a reactivarse en varias ocasiones durante el resto del reinado de Felipe V. Unos conflictos a los que el propio monarca añadió los intentos por reequilibrar la presencia española en Italia, lo que le llevó a un nuevo ciclo bélico.

El resultado de todo este largo tiempo de guerra es que Juan de Goyeneche no vivió más de diez años de paz en su vida. La guerra formó parte de su vida, y sus actividades, negocios y preocupaciones convivieron con la actividad bélica, hasta el punto de tener un papel protagonista en ese largo y trascendental ciclo bélico. Goyeneche fue testigo y parte de una profunda transformación de las fuerzas armadas españolas y de su Arte Militar.

## 2. El círculo virtuoso de Marte

**S**I LOS EUROPEOS SIGUIERON AUMENTANDO SU ACTIVIDAD bélica en el tránsito al siglo XVII, fue porque encontraron los recursos para hacerlo. Lograron los medios para reunir mayores ejércitos, armas, uniformes y soldados. Marte, el dios romano de la guerra y el señor del hierro, encontró en los europeos a sus más fervientes y eficaces colaboradores. A cambio, concedió a sus seguidores el círculo virtuoso del crecimiento económico y desarrollo institucional.

El círculo virtuoso activado por los europeos al intensificar la guerra, los años de conflicto, la escala de la guerra y el alcance social y económico, tiene que ver con algo que ha interesado mucho a la reciente historiografía, y es cómo la guerra se relacionó con el desarrollo nacional. La cuestión principal es por qué la guerra actúa como una palanca de riqueza para algunos países, mientras que es fuente de desgracias y retrocesos para otras naciones.

La respuesta parece estar en cómo los estados movilizaban los recursos necesarios para la guerra, es decir, si la movilización implicaba un desarrollo institucional de la administración y si las sociedades de cada nación y su economía participaban en la movilización de recursos para la guerra.

En el caso español, hubo un cambio notable entre la guerra y el desarrollo en la etapa de Carlos II y la de Felipe V. La clave esencial fue que durante el reinado del primer Borbón se intensificaron las reformas institucionales iniciadas bajo el último monarca de los Austrias, al tiempo que la movilización de recursos para la guerra se hizo cada vez más mediante la sociedad, utilizando su capacidad de fabricar y ofrecer los medios requeridos.

En cuanto a las reformas institucionales, se evolucionó hacia una organización del poder más centralizado. Se redujo la relación con otros poderes e instituciones intermedias, locales o regionales, con el objetivo de centralizar la capacidad de gobierno en unas pocas Secretarías, imponiendo así la autoridad del monarca. El instrumento principal de acción pasó a ser el gobierno ejecutivo, relegando las formas de siglos anteriores que habían priorizado el gobierno judicial. Esta transición de lo ejecutivo frente a lo judicial permitió que los ministros fueran más decisivos en sus acciones y que las nuevas instituciones desarrolladas fueran menos contestadas.

La implicación de la sociedad española en la movilización de recursos militares también aumentó considerablemente en el tránsito al siglo XVIII. La provisión de suministros militares fue realizada cada vez más por proveedores asentistas españoles. La dependencia del Estado de asentistas extranjeros se redujo considerablemente durante la Guerra de Sucesión, y al final de esta guerra, la provisión de las fuerzas armadas era prácticamente realizada por súbditos españoles. Esta importante y novedosa “nacionalización” de la provisión fue posible por la decisión política de priorizar a los empresarios españoles. Los tradicionales asentistas extranjeros tuvieron que dejar paso a los españoles durante el reinado de Felipe V, y los beneficios de esta demanda fueron transferidos directamente a la economía española.

De esta manera, los impuestos, deuda y donativos que el Estado reclamaba para financiar guerras más grandes y costosas durante el reinado de Felipe V podían ser mejor recaudados y contabilizados por una administración cada vez más intervencionista y controladora. El destino de esos ingresos se dirigía, como siempre, a la guerra, pero se asignaba directamente a la sociedad y empresas españolas, que de alguna manera volvían a recibir las rentas extraídas para la guerra. Un círculo virtuoso de Marte se puso en marcha durante el reinado de Felipe V. A diferencia de lo que había ocurrido en el siglo anterior, más guerra no produjo menos crecimiento ni más disolución de la autoridad. Más bien, ocurrió justo lo contrario: más guerra aceleró las reformas administrativas, con las cuales se fortaleció la autoridad, empleada para trasladar la demanda de la guerra a la sociedad y economía españolas. Como iremos viendo, Juan de Goyeneche fue un activo participante en ese círculo virtuoso de Marte.

### 3. Fuerzas armadas permanentes

**E**L TRÁNSITO DEL SIGLO XVII AL XVIII MARCÓ UN significativo avance en la creación de un Ejército y una Marina permanentes, profesionales y centralizadas. La llegada de Felipe V y la intensidad prolongada de la actividad bélica durante su reinado estimularon la creación de cuerpos e instituciones militares permanentes, reduciendo así la temporalidad que caracterizaba la movilización militar en los siglos anteriores.

Con la llegada del nuevo monarca, se impulsó el germen de las instituciones militares de control administrativo y judicial establecido durante la época de los Austrias. Las fuerzas armadas fueron dotadas de instituciones con mayores competencias y capacidad de intervención directa en todo el organigrama militar. Las estructuras de organización y gestión más permanentes fomentaron la profesionalización de los militares, convirtiendo su ocupación en una profesión estable. Esto permitió al Estado intervenir en la determinación de las características del trabajo militar, promoción, derechos y deberes, desde el salario hasta las pensiones por invalidez, todo regulado por el Estado y conocido por todos los militares.

Un ejército profesional y regulado se apoyó en una estricta jerarquía, también establecida y garantizada por el Estado. Los oficiales, ejecutores del poder estatal, gozaron de una preeminencia que dependía de la jerarquía impuesta por el Estado y de la ejecución de sus órdenes. El Estado favoreció a la nobleza y aristocracia para ocupar el oficio permanente de oficial, construyendo así un Ejército y una Armada despersonalizados e intervenidos por el Estado.

Las nuevas fuerzas armadas permanentes, profesionalizadas y jerarquizadas dependían en última instancia de la voluntad del Estado, ejercida mediante la centralización de toda la gestión. Ejército y Armada se centralizaron en secretarías específicas, y todos sus cuerpos militares fueron inspeccionados de forma centralizada por Direcciones Generales e Inspectores. Se avanzó en una administración militar con la creación de intendentes, comisarios, tesoreros y contadores que supervisaban la administración de los recursos militares. También se establecieron Cuerpos más especializados para atender, de forma centralizada, otras parcelas de la vida militar.



Pie de foto Pie de foto

De este modo, se logró imponer una gestión centralizada de todo lo relacionado con las fuerzas armadas y cada cuerpo en particular. Durante el reinado de Felipe V, se modificaron los principios que regían la institución militar, consolidando un ejército más permanente, profesional, jerarquizado y centralizado. A través de numerosas reformas, a veces dispersas pero coordinadas en la dirección deseada, se logró esta profunda transformación.

De tal manera que durante el reinado de Felipe V se modificaron los principios que habían regulado la institución militar, y se fue imponiendo un ejército más permanente, profesional, jerarquizado y centralizado. Para lograr esta profunda transformación, se introdujeron infinidad de reformas, a veces dispersas y no coordinadas, pero que iban en la dirección de reforzar y lograr aquellos principios.

Felipe V mostró una extraordinaria sensibilidad para reformar sus fuerzas armadas. Era necesario modificar el modelo militar heredado, adaptarlo a las nuevas y crecientes necesidades bélicas y alinearlos con las transformaciones que venía experimentando el Arte Militar en Europa desde el último tercio del siglo XVII.

## 4. Del Tercio al Regimiento

**E**L EJÉRCITO HEREDADO POR EL PRIMER BORBÓN ESTABA principalmente articulado sobre los tercios, que habían sido la unidad orgánica básica durante la época de los Austrias. Al iniciarse el siglo, había unos 65 tercios en activo, que sumaban una poderosa fuerza teórica de cerca de 200,000 hombres sobre el papel. Es importante destacar que este número era teórico y no efectivo, ya que era común que los coroneles de los tercios permitieran que los oficiales ocultaran las bajas efectivas (los no presentes) para poder cobrar los salarios de todos los teóricamente incluidos. La ausencia podía deberse a diversas razones, desde desertiones hasta comisiones fantasmas, pero lo cierto es que no eran tropa efectiva. Aunque esta práctica era claramente fraudulenta, tenía la ventaja de proporcionar argumentos a los oficiales para exigir el pago completo asignado. En cierta medida, el fraude mantenía activa y operativa a una parte de las fuerzas armadas. Sin embargo, la realidad es que las fuerzas totales efectivas probablemente no llegaban a los 50,000 hombres.

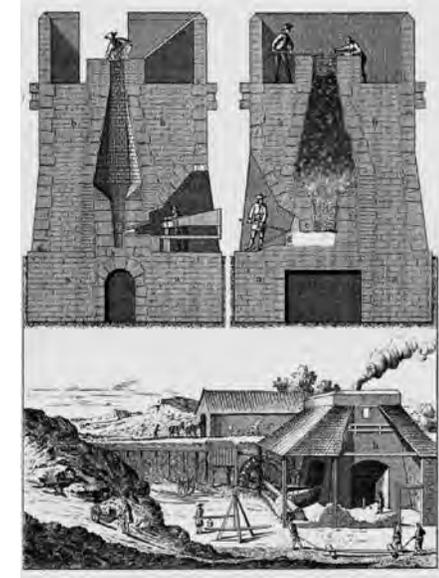
La intensificación de las necesidades de efectivos con la Guerra de Sucesión obligó a levantar nuevos tercios, y esta urgencia permitió la introducción de las primeras reformas profundas. Los nuevos tercios se transformaron en batallones de unas 13 compañías, pero muy pronto, en 1704, los tercios se convirtieron en regimientos. Esta nueva organización fue decisiva y constituyó la base de la estructura orgánica del ejército de Felipe.

Cada regimiento tendría dos batallones, cada uno con 12 compañías y 600 hombres, lo que suponía pasar de unos 3.000 hombres cada tercio a unos 1.200 por regimiento. Para eliminar cualquier vestigio del ejército de los Habsburgo, Felipe V autorizó la desaparición de la nomenclatura de los tercios, muchos de los cuales estaban vinculados con los maestros de campo y coroneles. De ahora en adelante, los regimientos tendrían una denominación geográfica. Así, se crearon los regimientos Valladolid, Murcia, Badajoz... Al concluir la Guerra de Sucesión, las fuerzas armadas de Felipe V superaban los 70.000 hombres.

También se modificó la jerarquía y las categorías de los oficiales. Los antiguos empleos de Maestro de Campo de los tercios fueron sustituidos por el grado de



Pie de foto Pie de foto



Pie de foto Pie de foto

Coronel. De ahora en adelante, los oficiales generales serían capitán general, teniente general, mariscal de campo y brigadier. En cuanto a los oficiales de las compañías, tendrían los rangos de capitán, teniente, subteniente y sargento. Estos rangos estaban vinculados a la jerarquía de sueldos y derechos, estableciéndose que para ascender, debían ocupar el rango anterior, aunque en la práctica había diversas opciones para “saltar” escalones y ascender. La influencia de parientes o los servicios prestados al Estado, como el reclutamiento de una unidad, podían ser recompensados con la concesión de patentes para ocupar rangos superiores, llegando al extremo de que niños pequeños podían disfrutar de plazas de oficiales superiores sin tener experiencia militar.

Los regimientos eran la unidad orgánica básica, pero su empleo táctico podía realizarse agrupando varios y formando Brigadas, un cambio realmente importante en la estrategia de la guerra. Dado que la sociedad de la época reflejaba una jerarquía, en 1714 se estableció una antigüedad para cada regimiento, que serviría para establecer una preferencia en todos los órdenes. En caso de regimientos formados con extranjeros, estos irían siempre detrás de los españoles, como ya ocurría en los tercios. En total, el núcleo del Ejército de Felipe V quedó constituido por 62 regimientos de infantería, de los cuales 25 estaban formados por extranjeros (irlandeses, italianos y valones). A los efectivos de infantería española y extranjera se unían las compañías de caballería y dragones, lo que suponía un total teórico de unos 90.000 hombres.

Además, existía un cuerpo militar de élite, la tropa de la Casa Real, formado por infantería (compañía de alabarderos y reales guardias) y soldados de caballería (guardias de corps y carabineros reales), en total unos 6.000 hombres.

## 5. El triunfo de los cañones de hierro

**L**AS TRANSFORMACIONES ORGÁNICAS DE LAS FUERZAS armadas en el tiempo de Felipe V fueron acompañadas de importantes innovaciones en la tecnología de armamento y su utilización, hasta el punto de modificar las tácticas.

Desde el siglo XVII se había ido implementando en el Ejército y Armada una mayor utilización de armas de fuego. Tanto la infantería como la caballería fueron incorporando entre sus armas el uso más frecuente de pistolas y fusiles. E igualmente, iba ganando importancia la artillería terrestre y naval. La expansión de su utilización se aceleró con el cambio al siglo XVIII por la continua mejora de su fabricación y productos. Con la aplicación de las matemáticas, los productores consiguieron diseños de armas de fuego más seguros para su utilización y eficacia.

Una pólvora más segura de manipular fue acompañada por una drástica mejora en la siderurgia. Los cañones podían ser fundidos con más seguridad. Se pudo experimentar con diseños más cortos e igualmente eficaces en la distancia de tiro. La mayor transformación se dio en los cañones de hierro. Hasta finales del siglo XVII los cañones se hacían principalmente de bronce. Aunque era más caros de producir que los de hierro, tenía una mayor resistencia, menor peso y resultaban muchos duraderos y fiables.

La vida útil de los cañones estaba limitada por la forma de fabricación y la necesidad de soportar la violenta tensión provocada por las explosiones. Un defecto en la producción del cañón podía resultar en su rotura o estallido, con riesgo para los artilleros; de ahí la preferencia por la artillería de bronce. España contaba con minas de cobre en Huelva, Nueva España y el Virreinato del Perú. Como centro de producción en España destacaba la Real Fábrica de Artillería de Sevilla. A lo largo del siglo XVII, aumentó la dificultad para seguir produciendo cañones de bronce al ritmo demandado por las fuerzas armadas, especialmente la Marina. El precio del cobre se disparó mientras que la provisión de estaño era escasa, y la alternativa más barata era producirlos de hierro.

Los cañones de hierro tenían el inconveniente de ser más pesados y frágiles en comparación con el bronce, pero a la larga su menor precio hizo que los

avances siderúrgicos se concentraran en el hierro. Los progresos en los procesos de fabricación de cañones de hierro permitieron realizar cañones de fundición en lugar de los anteriores elaborados en forjas y herrerías, con tiras de hierro embutidas en aros de hierro. Aunque se siguieron produciendo cañones de bronce, en Sevilla y Barcelona, destinados a las fortificaciones, especialmente en América, la preferencia por la artillería de hierro era imparable.

La solución fue el hierro colado. En lugar de hacerlos con hierro forjado, lo cual era muy complicado y solo parecía rentable para piezas pequeñas, se avanzó hacia el hierro colado utilizando altos hornos. Los primeros entraron en funcionamiento a mediados del siglo XVII en La Cavada, utilizando el mineral montañés y el de Somorrostro, en Vizcaya. Los altos hornos, que usaban carbón vegetal y fuelles más potentes que los de las herrerías tradicionales, permitían fundir una mayor cantidad de hierro. El hierro líquido se vertía directamente en los moldes en un foso de colada y posteriormente se barrenaba el interior.

El resultado fue una producción masiva de cañones, cada vez más baratos, que iniciaron una carrera para mejorar el diseño. La idea era hacerlos más ligeros y más cortos, algo imprescindible para ser manipulados en los buques de guerra, que los demandaban cada vez más. Estos cañones baratos y más eficaces dejaron de estar personalizados, como aún ocurría con los cañones de bronce, en los que se mantenía el nombre de la herrería o el artesano. Los de hierro se despersonalizaban y solo se colocaba el escudo real para identificar su propietario.

Lo que se logró con este cambio técnico fue de gran importancia para el futuro del Arte Militar. La artillería podía estandarizarse, facilitando el intercambio de piezas entre unidades militares o buques y la utilización de munición homogénea. El Estado podía normalizar ahora la producción y la demanda de artillería, lo cual resultó esencial para la formación del cuerpo de artillería. Los artilleros comenzaron a ocupar un espacio decisivo en el organigrama del Ejército y la Armada, que también se dotó de las llamadas “Brigadas de Artillería” para servir en sus buques.

La mejora en la fabricación de cañones de hierro permitió una producción más eficaz en el Ejército, en la defensa y asedios de las plazas, y en la Armada en los combates navales, con un mayor artillado de los buques. Además, se mejoró el traslado de la artillería, que ahora podía desplazarse en los recién inventados “armones” (1704).



Pie de foto Pie

## 6. De la pica a la bayoneta

**E**L OTRO GRAN AVANCE EN TECNOLOGÍA FUE LA MEJORA continua de las armas de fuego portátiles. El fusil con bayoneta, accionado con llave de chispa, permitió un arma de fuego segura y eficaz, que los estados comenzaron a producir de forma masiva y estandarizada, y terminó condicionando las tácticas.

El cambio más importante fue el abandono del viejo mosquete en favor de un fusil con bayoneta. Hacia finales del siglo XVII, se produjo el desarrollo de la bayoneta, que tuvo importantes consecuencias para el Arte Militar al transformar la capacidad de combate de la infantería y las tácticas. A mediados del siglo XVII, se comenzaron a colocar largos cuchillos o cortas picas que, al terminar en un tapón, se insertaban en la boca del cañón de los mosquetes, pero esto bloqueaba el mosquete, dejándolo inútil para seguir disparando. Su uso se justificaba por la dificultad de recargar los mosquetes y la posibilidad de utilizarlos al menos como picas, de manera similar al tradicional uso de las picas y alabardas en los combates cuerpo a cuerpo.



Pie de foto Pie de foto



Pie de foto Pie de foto

Durante las últimas décadas del siglo XVII, en Bayona (Francia) —de ahí el nombre “bayoneta”— se mejoró el diseño y se le añadió en el extremo opuesto de la bayoneta un cubo hueco que encajaba firmemente alrededor de la boca del mosquete, permitiendo seguir disparando sin quitar la bayoneta. Al mismo tiempo, en lugar de que la hoja de la bayoneta saliera proyectada desde la boca del fusil, al cubo de base se le añadió un codillo al lado del cañón, de manera que la bayoneta salía desplazada y paralela al cañón.



Pie de foto Pie de foto

Esta aparente pequeña mejora en la tecnología del armamento tuvo importantes consecuencias. En poco tiempo, su uso se generalizó en todos los ejércitos, y durante la Guerra de Sucesión, era el arma blanca más utilizada. La bayoneta de encastre supuso la retirada masiva de las picas, una de las armas preferidas de los tercios españoles. Al mismo tiempo, el triunfo de la bayoneta produjo un retroceso considerable en el uso de la espada. La tropa de infantería dejó de usarla, quedando reservada más para el uso distintivo de los oficiales y como arma blanca de la caballería. Ahora, la bayoneta era un complemento perfecto para el arma de fuego portátil, sirviendo tanto como arma ofensiva como defensiva. Su uso podía ser decisivo frente a las cargas de caballería, por ejemplo, mediante la formación de un cuadro de infantería, donde las primeras filas mostraban bayonetas mientras las filas posteriores continuaban disparando.

## 7.

### El triunfo del arma de fuego portátil

**L**AS POSIBILIDADES TÁCTICAS DEL USO MASIVO DE LA bayoneta impulsaron la mejora continua de los mosquetes sobre los que se apoyaba. El paso esencial fue la imposición y unificación de las armas de fuego portátiles a comienzos del siglo XVIII. El Estado de Felipe V reglamentó en 1702 la supresión del mosquete e hizo de uso obligatorio para las fuerzas españolas el fusil.

Este cambio se debió al deseo de estandarizar el armamento, pero también a la superioridad tecnológica alcanzada en los mecanismos de disparo. El uso tradicional de la mecha o serpentín en los mosquetes para prender la mecha y realizar el disparo resultaba lento y peligroso. Sus inconvenientes fueron reducidos con un mecanismo de disparo en forma de “llave de rueda” o también conocido como “llave de chispa”. El mecanismo consistía en una rueda dentada que, al girar rápidamente contra una piedra de pedernal sostenida por unas pinzas (pie de gato), generaba una chispa que encendía la pólvora colocada en la cazoleta del fusil.

La eficacia del mecanismo de llave hizo que hubiera una auténtica carrera internacional por mejorar cada una de las piezas que lo componían (muelles, rueda, patilla, pie de gato, piedra...). El resultado fue una rápida evolución en los modelos de llaves de chispa, dando lugar a distintos tipos: “a la española”, “a la francesa”, “catalanas”.

La proliferación del uso del fusil con el disparo con llave de chispa, junto con el valor añadido de la bayoneta, hizo que se convirtiera en el arma dominante en los ejércitos de Felipe V, y a la infantería la convirtió en lo que entonces se llamaba “la reina de la batalla”. Aunque evolucionó, el fusil más utilizado en la infantería española pesaba más de 5 kilos y medía 1,5 metros, con un calibre de bala de 17. En un primer momento, los fusiles, munición y llaves de chispa se importaron de Francia, pero su provisión era insuficiente y, además, planteaba un grave problema de desigualdad de calibres, tanto entre los fusiles como con la munición.

Parecía claro que el Estado no quería depender de un producto estratégico tan importante de proveedores extranjeros ni tampoco podía confiar en la ha-

bilidad y capacidad inventiva de los artesanos. El desastre ocurrido durante la Guerra de Sucesión española con el uso de calibres diferentes de fusiles hizo reaccionar a las autoridades militares, quienes establecieron condiciones específicas de fabricación. Para los nuevos ejércitos, era esencial conseguir la estandarización de la producción de fusiles, y solo un estado centralizado lo podía imponer.

Para lograrlo, el Estado establecía características particulares y proporcionaba al asentista un modelo del fusil y de las piezas que lo componían, así como de las llaves de chispa. El asentista transmitía estas indicaciones a los gremios productores del País Vasco y Cataluña, que eran en esos momentos los mayores centros de producción de armamento portátil, destacando las fábricas de Plasencia. Artesanos y dueños de ferrerías fabricaban las piezas requeridas por el asentista en el tiempo y cantidades acordadas. Una vez producidas y entregadas al Estado, eran revisadas y probadas por los comisarios del Ejército, última comprobación sin la cual la Real Hacienda no abonaba al asentista la compra de fusiles o llaves de chispa.



## 9. La certidumbre de la vida militar

**L**AS CONDICIONES DE VIDA DE LOS MILITARES EN TIEMPOS de Goyeneche también experimentaron cambios significativos en comparación con los siglos anteriores. La transformación principal fue la mayor dependencia del sueldo proporcionado por el Estado. Con la militarización convertida en una ocupación permanente, recibir un salario se volvió una prioridad para el Estado. En el ejército de los Austrias, los militares solían enfrentarse a retrasos en los pagos e incluso a la falta de paga durante meses. La escasez de recursos financieros en las finanzas de la Monarquía de los Austrias, junto con prácticas fraudulentas por parte de coroneles y pagadores hacia los militares, resultaba en frecuentes amotinamientos, así como en requisas y pillajes en la sociedad civil.

Estos episodios de violencia periódica por parte de los militares fueron abordados en las nuevas fuerzas armadas de Felipe V mediante la transferencia del control del gasto militar a instancias no militares. Se estableció una Tesorería de la Guerra, o Tesorería General, encargada de movilizar todos los recursos económicos de la Monarquía, y se colocaron bajo su autoridad directa las tesorerías del Ejército y la Marina, responsables de los pagos militares. Todo el control pasó a manos de la administración central, que podía priorizar el gasto en salarios sobre otras partidas que podían posponerse, como fortificaciones o edificaciones.

A partir de entonces, podrían existir quejas de los capitanes por retrasos ocasionales o la calidad de algunos productos, pero ya no llegaron a manifestarse en forma de motines. El resultado de este cambio organizativo drástico fue que el pillaje llevado a cabo por los militares dejó de ser una realidad cotidiana en sus vidas. La vida diaria de los militares dejó de estar marcada por la incertidumbre.

La certeza diaria introducida por Felipe V, con la seguridad de los salarios, tuvo el efecto inmediato de transformar al militar en un “funcionario”, movilizable de manera ordinaria para cualquier tarea determinada por el Estado. La seguridad y el mantenimiento del orden público se convirtieron en una obligación fundamental en la vida cotidiana de los militares españoles. Las

ventajas obtenidas por el Estado al integrar funciones policiales en sus fuerzas armadas aumentaron y lo alentaron a incorporar a los militares en tareas administrativas, tanto a nivel local como en los niveles más altos de la gestión gubernamental.

De este modo, la vida de un militar quedaba determinada por una ocupación permanente, regulada en todos sus aspectos, remunerada con regularidad, y que podía ejercerse ya sea en el campo de batalla o en una oficina de la administración. Mientras estuvieran en servicio, ya sea en funciones militares o civiles, el Estado asumía la responsabilidad de su manutención y vestuario.

## 10. La manutención estatal del militar

**C**ON EL AUMENTO DE LA RESPONSABILIDAD DEL ESTADO en la manutención del soldado o marinero, también se produjo una modificación en la naturaleza del salario. Tradicionalmente, parte del sueldo era retenido por los coroneles para el mantenimiento de la tropa, pero con Felipe V, la mayor parte del salario se destinaba a la manutención de los militares, y solo una fracción menor quedaba para la libre disposición del propio militar. En cierto sentido, el Estado consideraba que el militar estaba suficientemente remunerado al ser mantenido regularmente por la Real Hacienda. Por ejemplo, de los 42 reales mensuales que recibía como sueldo un soldado en 1706, casi la mitad (21 reales) se destinaba al abono del vestuario y zapatos, algo menos de la mitad para la alimentación diaria, y solo 1,75 reales, alrededor del 2%, se entregaban en efectivo.

Aunque los porcentajes experimentaron cambios con el tiempo, aumentando ligeramente la porción que quedaba en manos del militar, especialmente en el caso de los oficiales, lo cierto es que el gasto del Estado continuó orientado a mantener a sus militares.

## 11. “Pan de munición”

**L**A ALIMENTACIÓN DE LOS MILITARES, CONOCIDA EN LA época como “pan de munición”, representaba una verdadera batalla diaria para el Estado, ya que implicaba coordinar a productores de alimentos, transportistas y diversos trabajadores, desde molineros y panaderos hasta carniceros y saladores. Esta tarea se complicaba debido al escaso desarrollo de los mercados a principios del siglo XVIII. Las producciones eran insuficientes y, cuando había excedentes, su llegada al mercado era irregular, lo que no garantizaba una alimentación diaria, compromiso establecido por el Estado de Felipe V.

El problema central residía en la dificultad para coordinar todas las fases necesarias, desde la producción hasta la distribución a las unidades dispersas por toda la geografía. Para resolverlo, se optó por delegar esta gestión a un proveedor privado. Aunque el método no era nuevo, durante el reinado de Felipe V se llevó a cabo una profunda revisión del sistema de asientos. En lugar de permitir que cada ejército o unidad pactara con un proveedor específico, el Estado impuso un único asentista, que él podía controlar directamente.

Aunque el sistema de elección se basaba en subastas públicas, el gobierno tenía margen suficiente para imponer a sus candidatos y respaldarlos en caso de dificultades. En este contexto, los proveedores de víveres, durante la Guerra de Sucesión, quedaron en manos de unos pocos asentistas nacionales, destacando el grupo de empresarios navarros encabezado por Juan de Goyeneche. El suministro de pan de munición fue clave para la prosperidad económica de Goyeneche y también para establecer relaciones más estrechas con los gobiernos de Felipe V.

La ración diaria estándar de cada soldado se basaba en pan y se complementaba con otros productos, especialmente cuando el ejército se desplazaba, como tocino, garbanzos, carne fresca, habas, bacalao, cecina, aceite, vinagre, sal y leña. El número de ingredientes se multiplicaba para las fuerzas armadas en Presidios militares, donde el acceso a víveres era aún más complicado, o para la tropa de élite que custodiaba a la Familia y Sitios Reales, lo que implicaba un prestigio adicional.

La “ración de Armada” presentaba una mayor variedad de productos. La alimentación a bordo complicaba aún más la sustitución de alimentos, por lo



Pie de foto Pie de foto



Pie de foto Pie de foto

que los buques debían llevar todos los víveres necesarios. Esto resultaba en que, mientras a un soldado se le daban habitualmente alrededor de siete ingredientes, a un marino se le proporcionaban más de 23 productos. Aunque esta diferencia se compensaba con el precio, la ración de Armada costaba al Estado de Felipe V seis veces más que la ración de Ejército. Así como Goyeneche alcanzó una posición predominante en el suministro de víveres al Ejército, otros navarros hicieron lo propio para la Armada, como los Arizcun y Garro.

Un aspecto común en la alimentación de todas las fuerzas armadas fue el extraordinario aumento en el consumo de tabaco durante el reinado de Felipe V. El consumo más popular entre los soldados y marineros en ese momento era mediante pipa o mascado, mientras que los oficiales marcaban la diferencia inhalando tabaco rapé. Aunque el consumo de tabaco fumado aún era minoritario en las fuerzas armadas españolas, su crecimiento fue rápido, especialmente en forma de cigarro de papel grueso. Estos hábitos entre soldados y marineros se fueron extendiendo al resto de la sociedad española.

## 12. Uniformar

**D**OTAR A LAS FUERZAS ARMADAS DE UNA UNIFORMIDAD en los trajes militares fue igualmente crucial en el proyecto de construcción de las nuevas fuerzas armadas de Felipe V. El uniforme era esencial para estandarizar sus ejércitos y poner fin a la heterogeneidad previa en el vestuario militar de los tercios, a pesar de los intentos anteriores de uniformización. En las nuevas fuerzas armadas, se adoptó el modelo de vestuario militar francés: casaca, chupa y sombrero tricornio, eliminando por completo las prendas, diseños y colores particulares.

Desde 1707, el uniforme de la infantería de Felipe V fue principalmente blanco, compuesto por casaca, chupa, calzón y medias blancas. El sombrero, zapatos y corbatín eran negros. Para distinguir las unidades, se agregaban colores específicos a la chupa, vueltas y collarín de la casaca. Por ejemplo, el regimiento de León llevaba una divisa encarnada, el de Cuenca verde, el de Castilla morado, y el Saboya azul. Para la Armada, el tipo de uniforme era similar, pero se reservaba el color azul para la casaca y la divisa encarnada.

Al principio, los primeros uniformes con los nuevos diseños se contrataron a proveedores franceses, pero rápidamente se cambió a la contratación con proveedores españoles. Desde 1716, se estableció que incluso todos los géneros utilizados en la fabricación debían ser españoles. La producción se llevaba a cabo en fábricas reales, como las de Guadalajara y Brihuega, y mediante la contratación con gremios de pañeros y sastres de Cataluña y Alcoy. A diferencia del predominio de los proveedores navarros en el suministro de víveres, en el de uniformes, la mayor participación fue de catalanes.

El elevado costo de los uniformes hacía que su uso se prolongara, y la reposición por parte del Estado se demoraba. Se estableció que un uniforme completo debía durar cuatro años. Para reducir su desgaste, el Estado proporcionaba a soldados y marineros capotes, sobretodos y gorras cuarteleras, que se usaban de manera ordinaria. Sin embargo, el frecuente deterioro del vestuario obligó a poner en marcha su reposición, conocida como “medio vestuario”, cada dos años. A pesar de estas medidas, los elementos esenciales en la mochila o el petate de los militares eran la aguja, el hilo y trozos de tela para reparar los inevitables destrozos en la ropa.



Pie de foto Pie de foto



Pie de foto Pie de foto

### 13. Combatir en línea

**UNAS FUERZAS ESTANDARIZADAS Y UNIFORMADAS CON** vestuario, salarios y armamento igual eran la base para la renovación de las tácticas militares. Un nuevo Arte Militar surgió durante las décadas de 1680 a 1720, impulsado por la gestión de la guerra y las formaciones de utilización de las nuevas posibilidades técnicas.

El cambio más significativo fue táctico y vino de la mano del uso de formaciones de infantería. Los fusiles se volvían cada vez más ligeros, fáciles de manejar y, sobre todo, más rápidos de recargar y disparar. Para incrementar la cadencia de fuego, era necesario mejorar el entrenamiento de los soldados y la composición de las unidades.

Los tradicionales cuadrados de los Tercios ya no eran adecuados. La proporción de fusileros se incrementó rápidamente sobre los piqueros, que inicialmente habían dominado la composición de los Tercios para protegerlos de la reducida cadencia de fuego de los arcabuceros y mosqueteros, así como de su vulnerabilidad ante un ataque de la caballería. Coordinar los grupos de un cuadro de los Tercios era una tarea compleja, añadiendo más incertidumbre a la operatividad de estas unidades.

El nuevo fusil, con su rápido disparo proporcionado por la llave de chispa y la protección ante la caballería mediante la bayoneta, permitió que la infantería pudiera formar más cerca y dar prioridad a la concentración de fuego. El cuadro en profundidad ya no era útil; era más conveniente formar la infantería en líneas.

Al adelgazarse las formaciones en cuadrados, se estableció una línea de tres filas. Cada fila realizaba una descarga por turnos, siguiendo las órdenes de los oficiales. De este modo, los infantes de cada fila tenían tiempo suficiente para recargar y apuntar, y el fuego se podía sostener de forma más continuada. La primera fila disparaba desde el suelo, la segunda con una rodilla a tierra y la tercera levantada.

Esta formación surgió de las ventajas de disparo que ofrecía el fusil, pero también de sus limitaciones. La eficacia del fusil era limitada, ya que el ánima del cañón del fusil todavía no estaba rayada. El rayado del fusil permitió que la bala girase y pudiera dirigirse mejor, aumentando la puntería. Hasta entonces,



Pie de foto Pie de foto

con los fusiles del reinado de Felipe V, no era sencillo determinar la trayectoria de la bala. En estas condiciones, la concentración de fuego y las descargas masivas que suponía la línea eran la manera de aumentar las posibilidades de dar en el blanco.

La posibilidad de aplicar una mayor densidad de fuego hizo que la batalla fuera más móvil. Cada formación en línea podía marchar en columna hasta el campo de batalla, maniobrar rápidamente para formar una línea y combatir entonces como línea. La táctica quedó fijada en un avance de la infantería en líneas compactas a través del campo de batalla, siguiendo un ritmo de paso marcado con tambores y pífanos. Mientras avanzaba, la línea debía soportar los disparos de la artillería y las incursiones de la caballería. La línea que avanzaba no dispararía hasta estar a una distancia capaz de herir a la línea contraria, que solía ser por debajo de los 75 metros, es decir, cuando se veía con claridad la cara del enemigo. Entonces se produciría una andanada de fuego por turnos de cada una de líneas. Si el aluvión de balas había debilitado seriamente al enemigo, a continuación, se aprovechaba la ventaja con una carga a la bayoneta de toda la línea.

El mismo principio de concentración de fuego en línea se dio en las tácticas navales. Los buques se ponían en línea y utilizaban la artillería de una banda del buque. Dado que las maniobras en el mar eran mucho más imprecisas e inciertas, la línea permitía que los navíos se apoyaran mutuamente. Sin embargo, la realidad de la navegación es que se podía sufrir graves accidentes y perder la capacidad de mantener la línea. En esos casos, la línea de buques enemigos tenía la oportunidad de atravesar la línea fragmentada para intentar envolver, imponer superioridad y batir a las naves separadas.

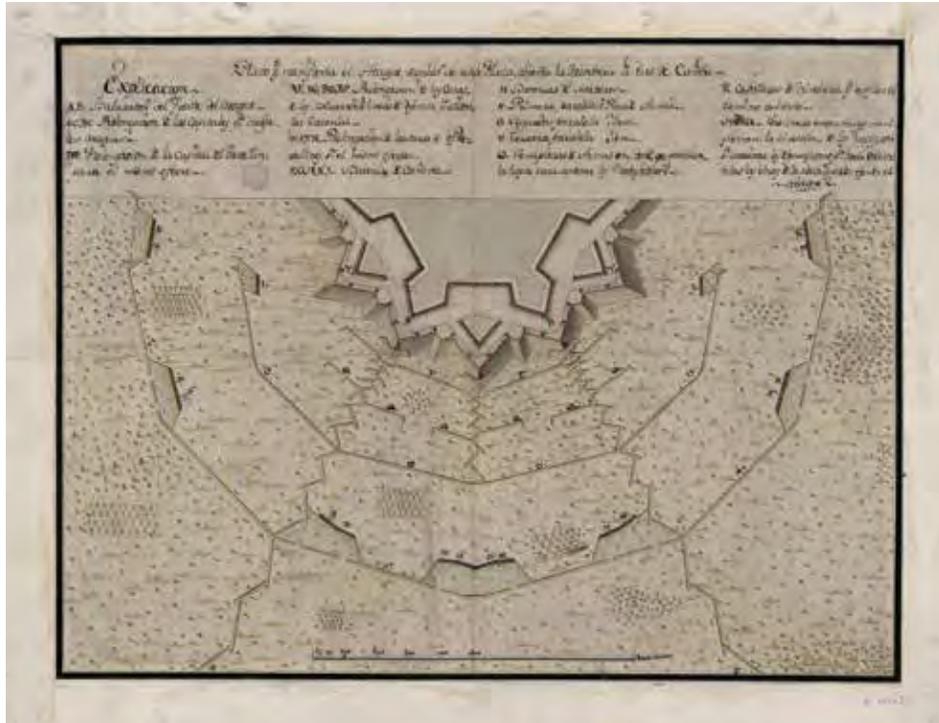
## 14. Guerra de asedio

**E**L AUMENTO DE LA EFICACIA MORTAL EN LOS CAMPOS DE batalla estimuló tácticas de guerra móvil, pero también aconsejó reavivar la importancia de la guerra estática. Las fortificaciones volvieron a tener relevancia al concentrar en ellas los víveres, armamento y fuerzas militares. Esto reducía los problemas logísticos y las pérdidas de soldados por armas de fuego. Una fortaleza concebida como un gran almacén militar ya no podía dejarse en retaguardia de un ejército que avanzaba, ya que ponía en riesgo su propia operatividad. Desde la fortaleza se podrían cortar las líneas de abastecimiento o plantear contraataques. Las nuevas tácticas exigieron volver a las fortificaciones, pero también reedificarlas para prevenir los avances en la artillería y la guerra de asedio.

Las fortificaciones y la guerra de asedio evolucionaron conforme mejoraba la artillería, mientras los ingenieros otorgaban más importancia al diseño de las fortificaciones tanto para la defensa como para el ataque. Durante los siglos XVI y XVII, se había perfeccionado la construcción de fortalezas siguiendo la llamada traza italiana. Esta confiaba en formas poligonales con baluartes para evitar ángulos muertos, murallas más bajas pero de mayor grosor (con materiales como arena y piedra, que absorbían mejor los impactos de artillería), y obras exteriores para impedir la aproximación de los sitiadores.

Con la mejora de la artillería de bombardeo y las tácticas de concentración de tiro parabólico en algunas partes de la fortaleza, se impuso la necesidad de proteger a los defensores en casamatas. El sistema fue perfeccionándose en el tránsito al siglo XVIII, cuando se potenció la defensa con el fuego de flanco mediante cortinas en tijera y disparos desde galerías bajas que barrían el foso, combinando fuego de artillería y fusilería. Todo ello, mientras se añadían obras exteriores a la fortificación, con glacis y bastiones que enfilaban a los atacantes.

Al mismo tiempo que se mejoraban las fortificaciones, también lo hacía la guerra de asedio. Dado que el asalto y la rendición de una plaza se volvieron cada vez más complejos, fue necesario mejorar la forma en que se asediaba. Se prestó más atención a aislar a los sitiados, tanto para evitar su salida como la posibilidad de recibir refuerzos. La guerra de asedio se convirtió entonces en un



Pie de foto Pie de foto



Pie de foto Pie de foto



Pie de foto Pie de foto

ejercicio metódico, en el que el sitiador cavaba trincheras paralelas a las defensas, avanzando en forma de zigzag. Zapadores abrían zanjas que protegían con parapetos formados por fajinas (haces de ramas entrelazadas dispuestas en forma de tubo y rellenas con tierra). Estas trincheras permitían avanzar y facilitaban la comunicación y el transporte de materiales para los sitiadores.

Conforme se avanzaba con las paralelas, se construían plataformas de artillería y se formaban baterías, protegidas con fajinas y tierra, en las que se emplazaban cañones y morteros. En algunos casos, se recurría a cavar minas para llegar hasta la altura de la muralla, colocar explosivos y provocar el hundimiento para crear una brecha. La toma de las murallas solía realizarse a través de las brechas provocadas y al asalto.

El perfeccionamiento de la guerra de asedio tuvo un coste adicional en los conflictos bélicos, tanto en inversión económica como en vidas humanas. Sin embargo, contribuyó a limitar las guerras móviles, que suponían un mayor desgaste para los ejércitos y la población civil. Además, este perfeccionamiento obligó al desarrollo de conocimientos técnicos vinculados con la matemática e ingeniería, los cuales influyeron en las construcciones del siglo XVIII.

## 15. La renovación de la sanidad militar

**E**N LOS EJÉRCITOS, LAS EPIDEMIAS ERAN FRECUENTES Y SE asociaban al hacinamiento de soldados en cuarteles y a las condiciones precarias de higiene. Durante la Guerra de Sucesión y las Guerras de Italia, las epidemias de “tabardillo” (tifus) afectaron significativamente a los ejércitos de Felipe V. Estas epidemias se propagaban en edificios reutilizados, como conventos, debido a la escasez de espacio, la falta de ventilación y la presencia de humedad. La distribución comunal de los enfermos empeoraba las condiciones de recuperación al compartir camas. Esto resultaba en tasas de mortalidad que superaban el 15 por ciento del total del ejército.

La situación era aún más grave en los presidios y en ciudades asediadas, donde se añadía la posibilidad de escasez de alimentos frescos y la proliferación del escorbuto, similar a lo que ocurría en los buques.

Los hospitales de campaña, conocidos como “de primera sangre”, atendían las primeras heridas en el campo de batalla. Eran móviles y contaban con personal sanitario, incluyendo cirujanos, boticarios, practicantes y ayudantes, que se desplazaban en un tren formado por carros y mulas.

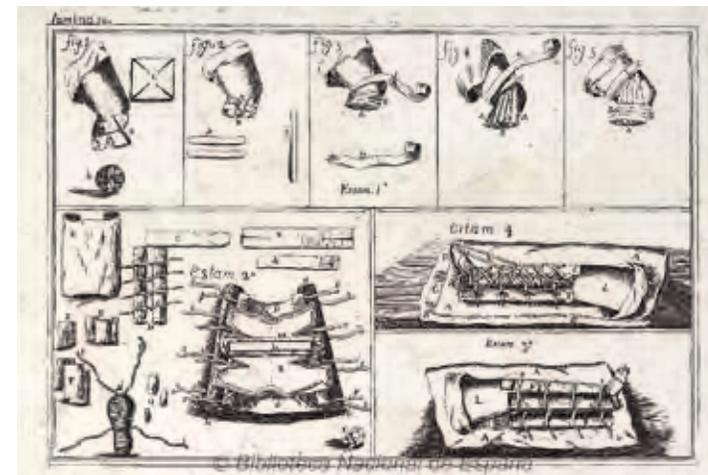
Además, existían hospitales reales establecidos en las poblaciones donde se acuartelaban las unidades militares. Estos hospitales fijos, antes atendidos por religiosos, comenzaron a ser gestionados por personal civil, ya sea a través de contratos (asientos) o asumiendo la gestión estatal. Aunque ya existía un sistema sanitario en los ejércitos españoles, su organización y apoyo aumentaron durante este período, con el Estado y el Protomedicato asumiendo un papel más activo y suministrando los recursos necesarios mediante contratos.

La mejora institucional en la asistencia sanitaria fue decisiva gracias a la profesionalización de los cirujanos militares, su independencia de los médicos y su control directo por parte del Ejército y la Armada. Este proceso culminó con la creación de los Reales Colegios de Cirugía a mediados del siglo. Además, los ingenieros militares desempeñaron un papel esencial al desarrollar hospitales más receptivos a las recomendaciones de los cirujanos. Esto se tradujo en edificios más abiertos, mejor ventilados y con espacios específicos para diversos tipos de enfermos, así como para almacenar los diferentes recursos necesarios, como cocinas para la alimentación, farmacias y lavanderías para camas y ropa de los enfermos.



Pie de foto Pie de foto

La proliferación de armas de fuego contribuyó significativamente al aumento del número de heridos y muertos. Este incremento en las heridas se relaciona con las características del fusil y el proyectil. La bala de fusil tenía un alcance máximo de unos 200 metros, y a partir de los 75 metros perdía fuerza, lo que tenía un efecto más devastador en el cuerpo y causaba mayores daños. Las fracturas y hemorragias eran frecuentes, pero las posibilidades de tratamiento eran muy limitadas. El mayor problema residía en las infecciones, ya que los tratamientos con vinagre, aceite o harina no eran efectivos, y la solución habitual era la amputación. Este procedimiento se volvía más común en los barcos, donde las infecciones eran más graves debido a los fragmentos de madera desprendidos por los impactos de artillería en las estructuras de la nave.



Pie de foto Pie de foto

## 16. Juan de Goyeneche. Empresario militar

**JUAN DE GOYENCHE FUE UN HÁBIL EMPRESARIO CUYO** éxito estuvo estrechamente ligado a los tiempos de guerra y la transformación del Estado durante la época de Felipe V. Su carrera y negocios prosperaron gracias a su capacidad para colaborar y participar en la renovación del Estado, especialmente en asuntos relacionados con la guerra.

Goyeneche ya era un financiero exitoso antes de la llegada de Felipe V. Su éxito en este ámbito se basó en la vinculación de préstamos a casas nobiliarias en Madrid con intereses en Navarra, ofreciendo préstamos a cambio de futuros ingresos que pertenecían a los acreedores. Su ascenso social como financiero le llevó a convertirse en el Tesorero del Gasto Secreto de Carlos II y Depositario General del servicio de Milicias del Reino, cargos que probablemente adquirió. Estos roles le proporcionaron una posición crucial en el ámbito militar y le abrieron las puertas al negocio de provisiones militares.

Las actividades de Goyeneche estaban intrínsecamente relacionadas entre lo público y lo privado. La gestión de aduanas en Navarra le facilitaba la entrada al mercado francés de provisiones, mientras que su posición como tesorero le permitía participar en contratos estatales y arrendamientos. Su éxito empresarial se manifestó claramente en 1696 cuando adquirió el privilegio de imprimir la Gaceta y arrendó la administración de las aduanas de Navarra, entre otros logros.

La expansión de sus negocios no se limitó a lo financiero; Goyeneche también se convirtió en un proveedor crucial para el Ejército y la Armada. Desde el suministro de madera a la Armada hasta la provisión estratégica de víveres al ejército durante la Guerra de Sucesión, sus habilidades empresariales y conexiones políticas le permitieron consolidarse como una figura central en el suministro militar.

Su red de negocios no solo se limitó a él; otros navarros, como Esteban Las-tiri y Martín Narvate, compartieron una estrategia expansiva similar. El éxito de Goyeneche se tradujo en la consolidación de su posición y la obtención de privilegios adicionales por parte del Estado, como el monopolio en la provisión de alimentos y el arrendamiento de importantes impuestos.



Pie de foto Pie de foto

La profesionalización de los cirujanos militares y la mejora de la asistencia sanitaria fueron desarrollos clave, respaldados por los ingenieros militares. La proliferación de armas de fuego, sin embargo, contribuyó al aumento de heridos y muertos en el campo de batalla, generando desafíos significativos en el tratamiento de las lesiones.

En resumen, Juan de Goyeneche se destacó como un participante destacado en el círculo virtuoso de Marte, prosperando en una época de renovación del Arte Militar y capitalizando las oportunidades comerciales vinculadas a la guerra y la transformación del Estado durante el reinado de Felipe V.

## 16. Orientación bibliográfica

Andújar Castillo, Francisco: De la “nueva historia militar” a la historia vieja y “nueva historia militar” *Historia a debate: actas del II Congreso Internacional* coord. por Carlos Barros, Israel Sanmartín Barros, Vol. 2, 2000 págs. 9-15

Andújar Castillo, Francisco: “La reforma militar en el reinado de Felipe V”, *Felipe V de Borbón 1701-1746: actas del Congreso de San Fernando (Cádiz) de 27 de noviembre a 1 de diciembre de 2000* / coord. por José Luis Pereira Iglesias 2002, págs. 615-640

Andújar Castillo, Francisco: “La Guerra de Sucesión y los cambios en el ejército”, *El asalto angloholandés de 1702 a la bahía de Cádiz. Entre la política internacional y las repercusiones locales* / coord. por Jesús Manuel González Beltrán, 2003, págs. 53-74

Andújar Castillo, Francisco: *El sonido del dinero: monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*, Marcial Pons, 2004

Andújar Castillo, Francisco: “Sobre la financiación extraordinaria de la Guerra de Sucesión”, *Cuadernos Dieciochistas*, N.º. 15, 2014 (Ejemplar dedicado a: La Guerra de Sucesión Española), págs. 21-45

Andújar Castillo, Francisco: “Cargos públicos y negocios privados en el tránsito del siglo XVII al XVIII” *La construcción de la Hacienda hispánica en el largo siglo XVIII* / coord. por Anne Dubet, Sergio Solbes Ferri, 2016, págs. 45-53

Andújar Castillo, Francisco: “Historiografía militar del siglo XVIII: un estado de la cuestión”, *Historia militar de España* / coord. por Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, Enrique García Hernán, José María Blanco Núñez, Vol. 6, 2017 (Estudios historiográficos, glosario y cronología / coord. por Enrique García Hernán, págs. 171-194

Aquerreta, Santiago: *Negocios y finanzas en el siglo XVIII: la familia Goyeneche*, Universidad de Navarra, EUNSA. Ediciones Universidad de Navarra, S.A., 2001

Blasco Esquivias, Beatriz, *'Nuevo Baztán. La utopía colbertista de Juan de Goyeneche'*, Madrid, Cátedra, 2019, 452 págs.

Borreguero Beltrán, Cristina: “Imagen y propaganda de guerra en el conflicto sucesorio: (1700-1713)”, *Manuscripts: Revista d'història moderna*, N.º 21, 2003, págs. 95-132

Borreguero Beltrán, Cristina: “La historia militar en el contexto de las nuevas corrientes historiográficas: una aproximación”, *Manuscripts: Revista d'història moderna*, N.º 34, 2016

Borreguero Beltrán, Cristina: “Guerra y propaganda en el reinado de Felipe V”, *Cuadernos Dieciochistas*, N.º. 21, 2020 (Ejemplar dedicado a: Guerra en el siglo XVIII), págs. 151-195

Díaz Paredes, Aitor: “Reciprocidad e incertidumbre: la experiencia del prisionero de guerra durante la Guerra de Sucesión Española (1700-1715)” *Cuadernos de Historia Moderna*, Vol. 44, N.º 1, 2019, págs. 109-128

Díaz Paredes, Aitor: *Almansa. 1707 y el triunfo borbónico en España*. Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2022.

Floristán Imízcoz: *Juan de Goyeneche y el triunfo de los navarros en la monarquía hispánica del siglo XVIII*, 2005

García Hurtado, Manuel-Reyes (ed.), *Soldados de la Ilustración. El ejército español en el siglo XVIII*, A Coruña, Universidade da Coruña, 2012.

García López, Aurelio: *Don Juan de Goyeneche: un hombre de negocios y financiero al servicio de la monarquía en los reinados de Carlos II y Felipe V*, Madrid : Asociación del Patrimonio Histórico de Nuevo Baztán, 2014

Glesener, Thomas: “Reformar el corporativismo militar: la acción política del duque de Montemar como ministro de guerra (1737-1741)”, *Cuadernos de Historia Moderna*, Vol. 41, Nº 2, 2016 (Ejemplar dedicado a: Entre Marte y Minerva. Los Reales Ejércitos Borbónicos, del reformismo al mito), págs. 313-335

Glesener, Thomas: El ministro de Guerra a finales del reinado de Felipe V. Entre reforma del ejército y defensa del estamento militar”, *Gobernar y reformar la monarquía: los agentes políticos y administrativos en España y América. Siglos XVI - XIX* / coord. por Michel Bertrand Árbol académico, Francisco Andújar Castillo, 2017, págs. 233-253

González Cruz David: “Las fuerzas armadas españolas y extranjeras en el tratamiento a la población civil durante la Guerra de Sucesión” Manuel-Reyes García Hurtado (ed.), *Soldados de la Ilustración. El ejército español en el siglo XVIII*, A Coruña, Universidade da Coruña, 2012. Pp.

González Enciso, Agustín: *Felipe V: la renovación de España: sociedad y economía en el reinado del primer Borbón*, Universidad de Navarra, EUNSA. Ediciones Universidad de Navarra, S.A., 2003.

González Enciso, Agustín (ed.): *Navarros en la Monarquía española en el siglo XVIII*, 2007

González Enciso, Agustín: “Guerra y movilización de recursos económicos en el siglo XVIII. Un ensayo historiográfico”, *Cuadernos Dieciochistas*, Nº. 21, 2020 (Ejemplar dedicado a: Guerra en el siglo XVIII), págs. 15-43

González Enciso, Agustín: *Un Estado militar: España, 1650-1820*, 2012

González Enciso, Agustín: *Empresarios militares en la España moderna. La fábrica de municiones de Eugui, 1689-1766*, Eunsa, 2024.

Jiménez Estrella, Antonio y Francisco Andújar Castillo: *Los nervios de la guerra : estudios sociales sobre el ejército de la monarquía hispánica (siglos XVI-XVIII): nuevas perspectivas*, Comares, 2007.

Martínez Ruiz, Enrique: *Los soldados del Rey: Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*, Editorial Actas, 2008.

Martínez Ruiz, Enrique: *El ejército del rey: los soldados de la Ilustración*, 2018

Martínez Ruiz, Enrique; Pi Corrales, Magdalena de Pazzis y Pérez Gimena, José Antonio. Los presidios españoles norteafricanos en el siglo XVIII. Madrid: Ministerio de Defensa, 2016, 631 pp.

Rodríguez Hernández, Antonio José: *Los tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)*, Universidad de Valladolid-Castilla Ediciones, 2011, Valladolid

Rodríguez Hernández, Antonio José y Aitor Díaz Paredes: “A merced del otro: la experiencia del prisionero de guerra en el siglo del soldado (1625-1715)”, *Gladius: estudios sobre armas antiguas, armamento, arte militar y vida cultural en Oriente y Occidente*, Nº. 42, 2022, págs. 177-191

Teijeiro de la Rosa, Juan Miguel y Juan Carlos Domínguez Nafría: *La hacienda militar: 500 años de intervención en las Fuerzas Armadas*, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 2002.

Torres Sánchez, Rafael (ed.): *Volver a la “hora navarra”: la contribución navarra a la construcción de la monarquía española en el siglo XVIII*, Universidad de Navarra, EUNSA. Ediciones Universidad de Navarra, S.A., 2010

Torres Sánchez, Rafael: *Military Entrepreneurs. The Spanish Contractor State in the Eighteenth Century*, Oxford University Press, Oxford, 2016

Torres Sánchez, Rafael: “Estado, guerra y sociedad. La interrelación necesaria”. *Bajo el velo del bien público: estudios en homenaje a Guillermo Pérez Sarrión* / coord. por Jesús Astigarraga Goenaga, Javier Usoz Otal, 2020, págs. 131-149

Torres Sánchez, Rafael: *Historia de un triunfo. La Armada española en el siglo XVI-II*, Desperta Ferro, Madrid, 2021

Torres Sánchez, Rafael: “Los empresarios de la guerra”: evolución historiográfica y nuevos retos de investigación”. *Piedra a piedra: la construcción de la Historia Moderna a la sombra de las catedrales* / coord. por Cristina Borreguero Beltrán 2022, págs. 275-313